

# ¿Qué pasó con el diablo?

Oriana María Zapata Mejía



17

© David Estrada Larrañeta/Bluephoto. Carnaval de Riosucio Caldas, 2011

El diablo del carnaval hace parte de los elementos fundamentales del Carnaval de Riosucio; su figura ha sido utilizada como símbolo desde el año 1915 y, según Gärtner Posada (1990), ha personificado la unión de las comunidades fundadoras. Elaborado con algunos rasgos característicos de cada una de las etnias de la localidad (indígenas, españoles y negros) que son definidos con antelación por la Junta del Carnaval (ente organizador y coordinador del Carnaval de Riosucio), la cual determina, además, qué persona se encargará de su realización, debe representar los valores carnavalescos que le permiten al riosuceño

identificarse. Y es así como se percibe el diablo del carnaval como un ideal que encarna lo que el riosuceño desea ser: un hombre sonriente, virtuoso, con poder y feliz; en el diablo toman cuerpo las representaciones mentales presentes en los intereses y aspiraciones del habitante de la región (Medina, 2011, pág. 27).

La figura del diablo se caracteriza entonces por una serie de rasgos que se han establecido como propios y pareciera que se han vuelto inamovibles, y ha sido el artista Gonzalo Díaz quien se ha encargado en los últimos años, con excepción de 2005, 2009 y 2015, de la realiza-

ción de estos diablos tradicionales, pues sus efigies representan el ideal triétnico constitutivo del mito fundacional riosuceño. En los años 2005 y 2015 la elaboración estuvo en manos de Gustavo Carmona, un joven artista plástico de la localidad quien, después de varios intentos, fallidos debido a sus ideas innovadoras y modernas, pudo ganar la convocatoria para su realización. Él mismo opina: "...la tradición debe ir involucrada en una evolución; es decir, ¿cómo van a impactar a alguien con el mismo diablo de hace cuarenta años? Eso no tiene sentido" (Medina, 2011, pág. 35).

Es así como el diablo del año 2013 de Carmona utiliza elementos diferentes en su figura: los cachos son caprinos, no aluden al origen africano del toro, aunque este tipo de cachos, según Julián Bueno (2012, pág. 50), también se habían empleado en una figura del diablo de 1963 y, por lo tanto, no era la primera vez que alguien se atrevía a cambiarlos. Las alas, a su vez, no poseen las famosas cinco puntas de las alas del murciélago; el calabazo continúa estando presente junto con el tridente, pero con una estética más rústica, junto con las expresiones del rostro, pues el diablo de Gonzalo Díaz parece más una imagen representativa de tipo monárquica, con grandes anillos, collares y corona. Es pues la representación ideal la que se ha establecido en la mente del riosuceño común, y aunque en la versión del año 2005 el diablo de Carmona no generó grandes controversias, en el presente año, en 2015, se hicieron todo tipo de comentarios, pues al parecer construyó la efigie con la ayuda de algunos amigos, quienes le tomaron fotos antes de su salida el sábado 3 de enero, rompiendo así, "supuestamente", la tradición, al dejarlo ver de algunas personas, pues se supone que su construcción debe ser en el secreto absoluto y solo se puede observar su figura el sábado de Carnaval; no obstante, otras opiniones sugieren que hace más de treinta años, uno de los primeros hacedores de diablos, Octaviano Vanegas, construía sus efigies en pleno parque con la ayuda del pueblo.

[...]

En el Carnaval del año 2013, Gustavo Carmona, que se podría considerar como un representante de la estética de las nuevas generaciones del Carnaval, elaboró un diablo según su gusto personal y con recursos propios, con el cual pretendía acompañar al diablo emblemático en su entrada el sábado de Carnaval, pero no tardaron en surgir los comentarios, pues el hecho que el joven artista no pidiera autorización para participar en el desfile generó cierta incomodidad entre los dirigentes de la junta, por lo que mandaron por "la SIJIN y por todo ese tipo de instituciones para no dejarlo salir el sábado de Carnaval" (Raigosa, Cuadrillero, entrevista, 2013). No obstante, este diablo se quedó en una de las calles, al lado de la casa de su fabricante, nunca "invadió" el parque en el que se encontraba el diablo oficial, ni mucho menos fue quemado junto a él.

Todo esto desencadenó un sinnúmero de comentarios: "ya no se necesita de un solo diablo", "si ya nos metieron gato por diablo, qué más da", "en el Carnaval solo puede haber un solo diablo", etc., y más aún cuando el mismo ex-presidente del Carnaval 2011 afirma que él mismo se iba a encargar de dejar un acta para la siguiente junta en la que prohibiría la aparición de otros diablos, pues atentan contra la tradición, ya que Diablo solo puede haber uno.

¿Estarían pues, las manifestaciones individuales y colectivas atentando contra la tradición? Para Andrés Gärtner, "el diablo siempre va a ser el diablo, así usted saque muchos y más bonitos, el oficial siempre va a estar por encima y nunca va a ser desplazado" (Entrevista grabada, 2013). O, según Oscar Henao, "no, por el contrario, se fortalecería más la tradición: la presencia de Dios se fortalece porque hay muchas tendencias, hay muchos credos, hay muchas imágenes de él, obras de arte de él; eso fortalece el Carnaval de nosotros, tenemos que fortalecerlo" (Entrevista grabada, 2013). Sus posiciones



© David Estrada Larrañeta/Bluephoto. Carnaval de Riosucio Caldas, 2011

se caracterizan por la defensa o el ataque a lo que una representación del diablo puede llegar a significar, más allá de la forma cómo fue realizada, y, a veces, basan sus argumentos en la forma como se han caracterizado los elementos considerados inamovibles.

En este afán por proteger la fiesta de los cambios que se originan con los tiempos, justamente en una sociedad enfrentada a las transformaciones que se dan en tiempos excesivamente rápidos, en los cuales si no se protegen los intereses del Carnaval y se aceptan indistintamente las voces de todos aquellos que quieran participar, correría un riesgo la conservación de la tradición, la Junta del Carnaval se ha servido del discurso patrimonialista como mecanismo para encontrar un refugio, a salvo de las ideas liberales e innovadoras,

y busca que se les “reconozcan, preserven y defiendan todo aquello cuya desaparición podría a medio o largo plazo amenazar su existencia; es decir, sus entornos naturales y culturales, sus identidades, sus valores” (Prats, 1997, pág. 7).

Y no obstante, a pesar de estas posiciones de la Junta del Carnaval, existen posturas alternas de otras personas, como la de Otto Morales Benítez, riosuceño, reconocido jurista, político, e investigador del Carnaval, quien escribió: “La figura del diablo no es la misma. Evoluciona de acuerdo con las coyunturas. Hoy se encuentra entre “misiles” y armas atómicas. Al año siguiente, puede representar a los ‘hippies’. Después al poder imperialista” (Morales Benítez, 1989, p. 31). Según él, al celebrarse así, el Carnaval no envejece, conserva



© David Estrada Larrañeta/Bluephoto. Carnaval de Riosucio Caldas, 2011

la capacidad de remozarse. Está en la “onda” de la actualidad.

¿Quién tiene la razón, la junta encargada o los jóvenes innovadores, los que escriben sobre el Carnaval o el participante pasivo? ¿Quién define qué se puede hacer en un Carnaval y qué no? El discurso que por mucho tiempo ha circulado sobre los carnavales es el que habla de la suspensión temporal de las estructuras sociales e incluso de la inversión de las mismas:

Las leyes, las prohibiciones, las restricciones que determinan la estructura, el buen desarrollo de la actividad normal (no carnavalesca) están suspendidas durante el tiempo del carnaval; se comienza por invertir el orden jerárquico y todas las formas de miedo que éste entraña: veneración, piedad, etiqueta; es decir, todo lo que está dictado por la desigualdad social o cualquier otra (la de la edad, por ejemplo). [...] (Bajtín, 1976, p. 312).

Entonces, ¿no se contradice la Junta del Carnaval al criticar, negar y coartar las iniciativas particulares en plena fiesta? Si la junta es la encargada de velar por el buen desarrollo de la fiesta, entonces ¿también lo es para prohibir? Es fundamental reconocer, en este punto, que el Carnaval debe “vivir de su permanente actualización. Retomar el momento por el que

la sociedad pasa, y reelaborarlo para la fiesta, requiere de extrema agudeza y agilidad para ir reemplazando lo caduco, lo que se ha vuelto letra muerta, por lo actual” (Montoya, 2003, pág. 27).

## Bibliografía

- Anderson, B. (1997). *Comunidades imaginadas, reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México. Fondo de Cultura Económica.
- Bajtín, M. (1976). “Carnaval y literatura. Sobre la teoría de la novela y la cultura de la risa”. *Revista Eco* (134). Bogotá. 311-338.
- Bolívar, É. (1999). “El patrimonio cultural. Algo más que objetos, algo más que pasado”. Medellín. Secretaría de Educación de Antioquia. *Revista Territorio Cultural*. (2).
- Bourdieu, P. (1989). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. España. Taurus.
- Bueno, J. (2012). *Carnaval de Riosucio. Estructura y raíces*. Manizales. Manigraf.
- Fortuna, C. (1998). “Las ciudades y las identidades: patrimonios memorias y narrativas”. México. Universidad Autónoma Metropolitana. *Revista Alteridades*. 8 (16), 61-74.
- Florescano, E. (1993). *El patrimonio cultural y la política cultural*. México. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Fondo de Cultura Económica.
- Gärtner Posada, A. (1990). *En busca de la verdadera identidad del diablo del Carnaval de Riosucio*. Riosucio.
- Mantecón, A. R. (1998). “El patrimonio cultural. Estudios contemporáneos”. México. Universidad Autónoma Metropolitana. *Revista Alteridades*. 8 (16). 177-178.
- Medina, E. (2011). “Si dañas la fiesta, te lleva el diablo”. *Una mirada sociológica al Carnaval de Riosucio y un encuentro con la diabla de los 30*. Trabajo de grado para optar al título de sociólogo. Medellín, Antioquia, Colombia.
- Montoya, S. (2003). *El Carnaval de Riosucio (Caldas). Representación y transformación de identidades*. Medellín. Editorial Universidad de Antioquia.
- Prats, L. (1997). *Antropología y patrimonio*. Barcelona. Editorial Ariel.

Oriana María Zapata Mejía es artista plástica. Este fragmento fue extraído de la tesis de grado, *Carnaval, patrimonio e identidad*, para optar al título de Magister en Antropología en la Universidad de Antioquia.